

XVIII.

Miguel tenía prisa por estar fuera de aquel sitio, y sufría una irritación nerviosa desde que Juan Levabre había sido aplaudido.

—Tenemos razón para atacar el despotismo— dijo á Pedro Menard;—pero los soldados de que disponemos para tomar la fortaleza son acaso terribles.

—Pero nosotros debemos ir á la cabeza por el camino derecho, y no seguirles.

—¿Y lo que dijo Ledru-Rollin? «Es menester que les siga, por lo mismo que los mando.»

—Tontería, querido Miguel: una frase de ingenio que causa extrañeza oír en labios de un hombre de corazón. Lo menester es no seguir nunca un movimiento que se desaprueba, porque seríamos brutalmente atropellados y pisoteados por las turbas: ¡y esto es justicia!

Separáronse después de estas frases de Menard.

Aun tenía Miguel en la mano algunas flores del ramo del banquete, y las aspiraba maquinalmente, siguiendo el camino de la habitación de la Baronesa.

¿Por qué iba allí antes que á casa de Lía?

Parecíale que acababa de asistir á un trágico espectáculo, y la figura pálida de Juan Levabre le perseguía como visión cruel; por eso tenía necesidad, después de aquella aparición, de la sonrisa enigmática y tentadora, pero adorable, de la Baronesa.

En el momento de llamar á la puerta, ésta se abrió para salir el Conde de Morangis y su hija Paulina, que se asemejaba en algo á la estatua de la belleza, honrada y grave, y con un doté de cinco millones.....

Quitóse Miguel lentamente el sombrero y miróla con la expresión de un respeto entusiasta que hizo brillar sus ojos de azul pálido; y ella, ruborizándose débilmente, respondió á aquella mirada con una muy profunda que produjo en Berthier el desvanecimiento que se experimenta cuando se levanta el telon de un teatro y nos deja ver una decoración brillantísima.

¡Qué maravilloso lenguaje el de los ojos!

Y Miguel permaneció allí algunos momentos, mirando por el hueco de la escalera á aquel hombre y á su hija, y escuchando con deleite el rumor que producían las faldas de Paulina arrastrándose por los alfombrados peldaños.

—¡Bah!—pensó Miguel.—Casarse con ella valdría más que amarla.....

Entonces pensó de pronto en Lía, en el amor de su vida; y la pobre Lía volvió á ser para Miguel Berthier un obstáculo, una cadena, y ¡cuán duramente sentía entonces el peso de tal amor!

—¡Bah!—murmuró;—olvidemos eso..... ¡todo se olvida al lado de la Baronesa!

Precisamente Francina estaba en uno de sus días de bondad, y recibió á Miguel con más amabilidad que otras veces; pero éste se sorprendió de encontrar allí á Dalerac, quien parecía haber avanzado mucho, gracias á sus madrigales, en la intimidad de la Baronesa.

Miguel sintió despecho al verle, una especie de mordedura, y preguntóse si aquel eterno cortesano de largos cabellos aplastados llevaría sus aspiraciones hasta amar á la Baronesa.

Y ¿por qué no? Dalerac era muy capaz de ambicionar tal apoyo; y cuanto á Francina, ¡hay mujeres tan caprichosas!

Miguel aprovechó un momento de conversación íntima para preguntar á la de Rives qué la decía Dalerac.

—¡Cómo! ¿eso os interesa?

—Mucho, señora.

—¿Sabéis, Berthier, que debéis ser absolutamente temible en amor?

—¿Por qué, señora?—dijo Miguel, sintiendo pasar por sus venas una llama.

—Porque si estáis ya tan inquieto en la amistad, Otello debería ser un bendito, comparado con vos, en asuntos de amor.

Dalerac habíase deslizado hasta el salón inmediato, donde Mr. Bourtibourg explicaba al abogado la manera de dar ciertos matices á las telas para forrar muebles..... Y la mayoría de los *habitués* al salón de la Baronesa formaba círculo alrededor de Nadeja, la linda *cocodette* que tenía un dote de millón.

—Yo espero—dijo de repente la Baronesa á Miguel, sin aparentar que daba importancia á sus palabras—que no estaréis tan celoso de vuestra querida..... ¡Se dice que es preciosa!

Miguel se puso atrozmente pálido: Francina jamás le había hablado de Lía, nunca había hecho alusión á aquel lazo de amor que Berthier consideraba como ignorado de casi todo el mundo. ¿Cómo lo sabía la Baronesa? ¿Con qué intención irónica evocaba ahora la imagen de otra mujer?

Y como él, estupefacto, no contestase, Francina añadió, dejando caer una á una sus palabras

con halagador acento, como cuando se vierte gota á gota un licor peligroso:

—Vamos, no disimuléis conmigo..... como con *los otros*..... Ya veis que no me preocupa lo que hacéis, y que lo sé todo, absolutamente todo.

Y sus ojos de fulgores azulados continuaban sonriendo.

¡Los otros! Había en estas dos palabras el misterio adorable de un secreto participado con ella y muy escondido: Miguel, fascinado, se decidió á confiar en aquella mujer que le pedía con dulce sonrisa el secreto de su vida, y habló de Lía sin nombrarla, y á medida que hablaba, en aquel salón elegante, y acariciado por la sonrisa tal vez un poco burlona de Francina, pensaba en que la pobre niña era indigna de ser comparada con la irresistible criatura cuyo perfumado aliento sentía caer tibio sobre la mano.

Y luego la Baronesa, que leía con terrible claridad, con intuición femenina, lo que pasaba en el espíritu de Miguel, no vaciló en burlarse con dulces precauciones y adorables perfidias de aquel amor oculto, humilde novela, vida de dos en que Berthier hubo encontrado la dicha y de la cual se sentía dispuesto á renegar bajo la mirada de Francina.

—Mr. Berthier—dijo ella después de corto silencio—á un hombre como vos no le conviene un amorcillo de estudiante, y creo firmemente que ninguna griseta ha influido para nada en la vida de Pitt ó de Roberto Peel. Que Mirabeau haya amado á Sofia, se comprende, porque aquel amor lleno de dolores exhala olor de rayo y rumor de tempestad; pero ¿concebís á Mirabeau amando á Bernerette, ó á lord Chatam subiendo á la tribuna del brazo con una aldeana de Mürger? Ciertas almas necesitan amores elevados y aventuras de gran resonancia, y esa..... muchacha..... por mucha que sea su abnegación, no creo que pueda comprenderos; y.....

—¿Y.....?—preguntó Miguel, que estaba trémulo, como suspendido de las palabras de la Baronesa.

—¡Y ayudaros!

Y pronunció Francina estas dos palabras muy rápidamente, como si no les diese importancia alguna; pero hicieron estremecer á Miguel Berthier, quien veía en ellas un mundo de promesas.

Y como la Baronesa mirase á las flores que él apretaba maquinalmente entre los dedos, sin haber querido dejarlas, ó no habiendo pensado en

ello, cuando entró en el salón, díjole así, tocándolas con el abanico:

—¿Qué es esto?

—¿Esto?..... Los restos de un ramo que me han ofrecido mis electores.

—¡Ah, ya! ¿conque no solamente os dan palmas y laureles, sino también flores?..... ¿Y que vos conserváis para regalárselas á alguna persona querida?

—¿A quién?—exclamó Berthier, que sentía como un nudo en la garganta.

—¿A quién? pues sencillamente á la persona de quien hablábamos antes, y que vos amáis.....

—¿Yo?

—¿Por qué haber conservado en las manos, si no fuera por eso, unas flores que tiñen de verde vuestro guante?

Miguel sintió que palabras de amor le subían á los labios, y un leve temor, quizás el remordimiento, las detuvo: quedóse mudo, y sólo sus pupilas respondían.

—¿Queréis probarme—añadió Francina—que esas flores no son para..... *ella?* Pues dádmelas.

—¿A vos?

Y se las dió con un ademán de ardiente amor.

—En verdad—continuó la Baronesa, tomando

lentamente las flores—que el ramo de los correligionarios de Miguel Berthier debe asombrarse de estar en manos de la Baronesa de Rives. ¿Pero no os he dicho que éramos enemigos políticos?

Y su sonrisa se transformaba, cada vez más aguda, más irónica, casi terrible.

—Vamos, no quiero privaros por completo de estos pedazos de hierba..... ¡Partámoslos!

Llevóse las flores á la boca y las besó ampliamente, mordiéndolas y humedeciéndolas con sus labios; y luego, irguiéndose, deslizó la mitad en su corpiño y dejó caer la otra mitad en las manos abiertas de Miguel, que estaba á sus pies medio arrodillado.....

XIX.

Cuando intentaba, loco de alegría, estrecharla en sus brazos, entró bruscamente en el saloncito Gontran de Vergennes, seguido de los Bourti-bourg padre é hijo, mientras Nadeja permanecía en la antecámara escuchando á Dalerac que pronunciaba una frase latina..... para cumplimentar á la niña por el exquisito gusto de su *toilette*.

Miguel apenas tuvo tiempo de recobrar su

habitual aplomo y esconder entre sus guantes las florecillas, frescas todavía con el beso de Francina.

—¡Ah!—dijo la Baronesa al ver á los recién llegados.—¿Os habéis decidido ya á venir á mi lado? ¿Tan interesante ha sido vuestra conversación?

Gontran se inclinó y contestóla con irónica sonrisa:

—Perdonad, Baronesa; pero he estado escuchando á M. Bourtibourg, quien nos explicaba con mucha erudición misterios de tapicería.

—¡Historia antigua!—dijo Bourtibourg con la importancia de un hombre que lanza desde la cumbre de su fortuna miradas desdeñosas á su pasado.

—¡Ya!—exclamó la Baronesa.—¡Cómo que sois, Bourtibourg, un verdadero artista en vuestra clase!

—No soy: ¡era!.....—rectificó el ex tapicero con un acento que marcaba exactamente la seriedad de su papel de legislador y demostraba que el industrial ya no existía.

—Y yo creo, Baronesa—dijo Gontran—que vuestra conversación era interesante por otro concepto muy distinto.

—¡No lo niego!

—Ni yo os pediré, nada temáis, que os dignéis repetirme la última *palabra* de Miguel Berthier..... ¡No por cierto!..... No soy..... ¿cómo se llama ese nuevo oficio periodístico?..... ¡Ah, ya! No soy un *reporter*.

—¿Y por qué no lo habéis de pedir, querido amigo?—respondió Francina.—¡Dios mío! Hablábamos de cosas muy insustanciales, pero muy interesantes..... hablábamos de la nueva comedia que se representa en el Teatro Francés.

—¿Los *Falsos matrimonios*?

—¡Justamente! Y de las personas que entregan su vida á yugos que no se desatan.

Miguel estaba como sobre ascuas, pensando en que Francina fácilmente hubiera podido ocultar el objeto de su conversación con él que acababa de terminarse casi con un beso.....

Hallábase reciamente combatido entre el amor todavía poderoso que profesaba á Lía y su pasión irritante por la Baronesa, que poco á poco se convertía en agudísima dolencia.

Despidióse á poco rato, y cuando Francina intentó detenerle, tuvo deseos de contestar:

—Dejadme marchar hasta que pueda estar solo con vos en este salón.

Pero no necesitó decirlo tan claramente, porque ella le comprendió, y al estrecharle la mano con fuerza, le daba la más elocuente de las respuestas.

Cuando salía, oyó detrás leve ruido de pasos, y en seguida una voz que pronunciaba su nombre; volvió la cabeza y vió á Dalerac que le llamaba:

—Eh, querido amigo, ¿tenéis mucha prisa? Porque deseo hablaros.....

—¿A mí?

—Sí, á vos..... ¿Me permitís ser franco?

Miguel no ignoraba que se debe desconfiar de las gentes que ponen la franqueza en la primera línea de su programa.

—Sin duda alguna — contestó, mas colocado á la defensiva.

—Pues bien, caro amigo: ahora que sois..... ¡ya se puede decir!..... el semidiós del salón de la Baronesa.....

—¿El semidiós?

—¡El dios, el dios entero!—se apresuró á rectificar Dalerac.—Pues bien; ahora que estáis aquí en favor. ... ¡Ah! ¡eso está á la vista, es natural!..... Pues bien; sí, hacedme el favor de..... ¡no sé cómo explicarme!..... de..... ¿Pero no somos los dos abo-

gados?..... Pues bien; de apoyar mi causa cerca de la Baronesa.....

—¡Vuestra causa! ¿qué diablos queréis decir?

—Nada temáis, que no soy un rival: se trata de interesar á la Baronesa en un proyecto. Escuchadme: encuentro á la señorita Bourtibourg encantadora, ¡encantadora de veras!..... Y como la Baronesa ejerce tanta influencia en Bourtibourg, podría decidirle.....

—¿A que os diera su hija, Dalerac?

—¿Qué se ha de hacer? Tengo anhelo de un hogar, de la dicha tranquila á la luz de la lámpara..... ¡El matrimonio, amigo mío, es el puerto de refugio!

Y Miguel, dulcificando su acento, respondió á Luis:

—Ya veré, ya veré; esperad; tened paciencia.

—Toda la que queráis, si consentís en ser mi protector: confío en vos. Pero ¿no es verdad, querido amigo, que la señorita Bourtibourg es encantadora?

—Y rica..... —añadió Miguel, quien se había mostrado con Dalerac más brusco y más seco que de costumbre, quizá por su deseo de poder analizar á su gusto todas las impresiones que en aquella noche había recibido.

El primer sentimiento que experimentó, hallándose ya solo, fué de alegría. ¿Francina le amaba? ¿era verdad? ¿era solamente posible? Y si no le amaba, ¿cómo había podido manifestarlo con tanta vehemencia en una mirada y en un beso?

Entonces Miguel acercó á sus labios las flores que ella había besado y mordido, y parecía que tenían más aroma porque las había tocado la boca de aquella mujer.

Entró en su casa y guardólas en el primer libro que encontró á mano, en un tratado que se titulaba *Esclavitud voluntaria*.

—Amante de la libertad—exclamó dirigiéndose á aquel autor.—¿No tienes quizá sonetos de amor?

Y luego pensó en lo que había dicho la Baronesa: Mirabeau necesitaba á Sofía; un tribuno, á una amante superior, un espíritu altivo, una mujer distinguida.

¿Y Lía?

Escondíase, desaparecía poco á poco, se desvanecía entre las nieblas de su alma la dulce figura de Lía Hermann.

Pero ¿por qué casualidad inevitable todas las personas que se acercaban á Miguel se encarnizaban contra ella? Los amigos del amante son siempre enemigos de la querida; más entonces no eran

únicamente sus compañeros los que le aconsejaban la ruptura con Lía: era Pedro Menard, en nombre del estricto deber; Gontran de Vergennes, en nombre de la sociedad; Francina de Rives, en nombre del mismo amor y de la aristocracia en el amor.

Lo absoluto y lo relativo se unían para rechazar á Lía, y la pobre niña tal vez esperaba en su casita á Berthier, mientras Berthier ya pensaba en otra.....

A la mañana siguiente, por costumbre, Miguel se dirigió al *boulevard* Clichy, y encontró á Lía triste, pálida, como fatigada.

Preguntóla con un tono que se parecía más á cortesanía que á cariño:

—¿Qué tienes?

—¿Qué tengo?—respondió Lía.— Te dije ayer que mi secreto me abrasaba los labios, y no te has apresurado á preguntarme cuál es mi secreto..... No, no has venido, y toda la noche he estado temblando de miedo, y temía una desgracia, porque la puerta de aquella sala de figón tenía algo de horrible..... y volví allá, para esperarte, para venir contigo..... Pero las luces estaban apagadas, y se me dijo que nada había ocurrido, y entonces me decía:—¿por qué no viene, por qué no viene,

Dios mío?..... ¡Si tú supieses la fiebre que he pasado!

Miguel intentó calmarla haciéndola comprender todavía que la vida política tenía exigencias y deberes imperiosos, y hablándola así manifestaba cierta irritación y amargura.

Lía no pidió un consuelo, ni una sonrisa, porque veía claramente el cambio que se operaba en el espíritu de Miguel Berthier, y por primera vez se preguntó:

—¿No me amarás ya?

¡Oh! ella no podía creer que su ventura corriese el menor peligro; la eterna promesa, el ritmo dulcísimo de la canción de amor resonaba aún en sus oídos como la más tierna de las caricias: *¡Siempre!*
¡Y más todavía!

Y además, ¡qué alegría! ¡qué locura de alegría!
¡Ella iba á ser madre!

Este era el secreto, el inmenso secreto que no había revelado á Miguel; el secreto con que anhelaba sorprenderle amorosamente, diciéndoselo al oído, á media voz, entre un beso.

¡Cuánto la amaría Miguel! Mejor dicho: ¡cuánto los amaría! Porque la pobre niña se imaginaba ya meciedo suavemente á su hijo que le aplicaba al seno los sonrosados labios.

Lía estaba resuelta á decírselo todo el día anterior, cuando Miguel iba al banquete que le daban sus electores; pero ¿cómo lanzar al viento un secreto tan dulce, mientras caminaba, cual si fuese un incidente de la conversación, y cuando habían de separarse á los pocos segundos?

No: ella había tenido el valor de esperar todavía más, de retrasar el momento anhelado, para saborear más ampliamente su triunfo; figurábase de antemano la alegría de Miguel, sus trasportes, sus lágrimas de ventura, sus besos.

Y entonces, después de haber escuchado las frías palabras con que Berthier respondía á sus quejas, aun acariciadoras, le atrajo suavemente hacia la ventana que daba al jardín, cuyo perfume de hojas y flores subía hasta ellos, y sonriente, pálida, con labios trémulos por la emoción, le dijo en voz baja y lenta:

—Miguel, ¿no me preguntas cuál es el secreto de que anhelo hablarte?

—Sí;—respondió Berthier con alguna turbación.

Presentía alguna cosa inesperada, seria; veía en aquel sereno rostro de mujer, en aquella fisonomía riente y á la vez soñadora, en la cual se reflejaban el capricho de un niño mimado y los

encantos de la mujer que sufre, una expresión nueva, una especie de severidad, cuyo fondo era, no obstante, la alegría.

—Pues oye—respondió Lía, gozando en aspirar el contentode su amante, en beber los vívidos fulgores de su mirada;—muchas veces te he visto en nuestros paseos fijar tus ojos en las cabecitas rubias ó morenas de los niños..... ¡porque son tan lindos los niños!..... Y aun me parecía que mostrabas, Miguel mío, vivo deseo, ¿es verdad? vivo deseo de gozar de la alegría paternal que veías en otros hombres.....

Lía se detuvo súbitamente, porque Berthier, pálido como una mortaja, apretando los labios y abriendo mucho los ojos, la contemplaba con expresión de extravío.

—¿Estás encinta?—preguntóla bruscamente.—
¿Vas á ser madre?

Lía tuvo miedo, porque la voz de Miguel era ronca, tal vez amenazadora.

¿Cómo? ¿era esa la inmensa alegría que la pobre muchacha esperaba?

Las dos manos de Miguel tomaron las manos de Lía, que estaban heladas, y el joven repitió su pregunta en voz fuerte, enérgica.

—Sí—contestó Lía, procurando retener las lágrimas.—Sí, voy á ser madre.

Aquella revelación súbita, semejante á un rayo, anonadó á Miguel, que mientras hablaba su amante sólo veía esta idea: la paternidad llegaba entonces á interrumpir su existencia con un nuevo deber que llenar, con un obstáculo espantoso.

Lía, siendo madre, no era ya su querida, sino el árbitro, la dueña de su existencia.

Pocas semanas antes, él se hubiese dicho:—
«¡Mejor! antes de nacer mi hijo, Lía será mi mujer.»

Pero ahora retrocedía ante semejante revelación, y lo que entonces hubiera sido una alegría inmensa, era hoy un suceso que le aterraba.

Pasóse una mano por la frente, miró á la joven y le dijo con cruel sequedad:

—¿Y qué?

—¡Nada!—respondió Lía con voz de ahogo.

—¿Te figuras acaso que esa noticia no me ha hecho tan feliz como esperabas?

—Sí, sí, justamente, eso es: yo esperaba que me hubieras echado al cuello tus brazos, que me hubieras besado con frenesí, que me hubieras repetido mil veces que me amabas. ¡Y me has mirado con un relámpago de furor! ¡Como si yo hubiese cometido un crimen!..... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Si supieses, Miguel, cuánto daño me has hecho!

Y le miraba á través de lágrimas, con la mirada desolada de los seres que ven romperse delante de ellos un abismo, y cuando creen poner el pie en terreno firme, la tierra se abre y á dos pasos ven una profunda grieta.....

Miguel entonces, ahogando su primera emoción, procuró tranquilizar á Lía: besóla en las manos, y le dijo, sin sentir lo que decía, que estaba gozoso de aquella paternidad tan deseada.

Mintió, y no sabía quizás por qué mentía.

¿Por qué? Él amaba aún á Lía, y el olor penetrante de las lágrimas que había en las mejillas nacaradas de la joven llenaba su cerebro con el perfume deliciosamente amargo del llanto de las mujeres.

Por un momento volvió á encontrar en Lía la compañera adorada de sus primeros amores, y olvidaba, también por un momento, la sonrisa enigmática de Francina, y sus ensueños de pasión, y sus realidades ambiciosas.

Y llegó á murmurar en voz baja que aquella nueva le había hecho feliz, sí, muy feliz, ¿lo escuchas, Lía? porque el nuevo ser les reuniría con más estrecho lazo.....

—¡Oh!—respondió la joven mirándole con pupilas todavía no enjutas y echándole al cuello sus

mórbidos brazos.—¡Oh, Miguel! demasiado comprendo que te enojas cuando digo que ahora eres todo mío, porque serás todo para *él*..... Pero villano será el que suponga que un ángel de Dios puede perjudicarnos. Créeme, amado mío: la mujer que ahora te habla es la que más te amará en el mundo, y la verdadera felicidad para tí la guardo ya en mi seno: es el hijo que te sonreirá, que rodeará tu cuello con sus bracitos, más fuertes que los míos. Y si tú le escuchas, él te probará alguna vez que los triunfos de la vida pública valen mucho menos que una afección sólida, que la abnegación de un cariño verdadero como el que palpita para tí en el corazón de esta pobre Lía.

Y Lía ya no lloraba: su rostro estaba como iluminado por la confianza, sonriente, rejuvenecido después del llanto, como pedazo de cielo azul después de la tempestad; y hacía repetir á Miguel, apoyando la cabeza en el pecho de su amada, la palabra consoladora y también inexacta de todos los amores humanos:

—¡Siempre, siempre, siempre!